



PROGRAMA INTERUNIVERSITARIO de HISTORIA POLÍTICA

Los pasos para la modernización policial. Reclutamiento e instrucción en la policía de la ciudad de Buenos Aires, 1880 - 1910¹

Viviana Barry
UBA /IDAES – UNSAM
vivianabarry@fibertel.com.ar

Entre finales del siglo XIX y la primera década del XX, la policía de la ciudad de Buenos Aires reveló la enorme dificultad para la organización de un cuerpo que fuera disciplinado y efectivo para la vigilancia y el mantenimiento del orden de una ciudad que aceleraba vertiginosamente su crecimiento. Las visibles carencias materiales y un plantel de elemental formación convivían en ese período con intentos de reforma que apuntaban a la modernización de la institución precisando más claramente el perfil del policía deseado para la ciudad. Así, pautas de reclutamiento más precisas en sus condiciones, la creación de escuelas de formación como mejoras materiales apuntaron a una organización policial más profesional impulsadas fundamentalmente durante la jefatura de Ramón Falcón (1906-1909) en un contexto social y urbano en constante transformación. Igualmente, en el transcurso de esos años la policía se organizó en base a una estructura burocrática más precisa, ajustó sus funciones en torno al control del espacio territorial (aunque más de las veces excedían los límites de la ciudad), la represión del delito y el mantenimiento del orden urbano que coincidía con

¹ Este artículo resume algunas de las ideas en torno a reclutamiento e instrucción policial analizados en mi tesis de maestría en Historia *Orden en Buenos Aires. Policías y modernización policial, 1890-1910*, Universidad Nacional de San Martín. Instituto de Altos Estudios Sociales. Buenos Aires, septiembre de 2010.

transformaciones similares dadas en otras policías del mundo también en proceso de modernización.² Pero además hacia inicios del siglo, una indiscutida trascendencia del carácter represivo de la Policía de la Capital (fuertemente asociada a la ya mencionada figura de Falcón) fue visible en la serie de acciones de persecución, movilización en la calle de fuerzas policiales, detenciones, deportaciones e intervenciones armadas que se dieron en el marco de la creciente protesta social y obrera, especialmente entre 1900 y 1910. De algún modo represión y modernización policial transcurrieron de forma simultánea.

En ese amplio proceso de modernización policial, una de las dificultades mayores fue la de reclutar y retener personal (fundamentalmente para el servicio de agentes de vigilancia) ya que la huida y abandono de los puestos impedía - según argumentó recurrentemente la propia institución - tener una policía eficiente. Entre 1880 y 1890, ser policía se presentaba como una vía más para ingresar al mercado de trabajo pues el ser sargento, cabo o vigilante no era impedimento para aceptar otras ofertas de trabajo de peón o jornalero. La entrada y salida de personal sumado a una escasa especialización y gran movilidad conspiraban sin duda en la formación de una base policial estable tentada de saltar hacia otras actividades mejor pagas o más requeridas por el dinámico mercado de trabajo. Esto se sumaba a la estacionalidad de la demanda en tareas vinculadas a la producción agroexportadora, provocando, por ejemplo, que las épocas de cosechas fueran verdaderos éxodos para la institución.

² Una serie de investigadores vienen trabajando en múltiples vías de indagación para el estudio histórico de la policía. Un resumen de parte de la renovación historiográfica para las policías europeas: Jean-Marc Berlière, Catherine Denys, Dominique Kalifa, Vincent Milliot, *Métiers de police. Être policier en Europe, XVIIIe-XXe siècle*, (Rennes: Presses Universitaires de Rennes, 2008) Para Francia: Jean-Marc Berlière *Le préfet Lépine aux origines de la police moderne*, (Paris, Denöel, 1993); del mismo autor “La professionalisation: objectifs de pouvoirs et revendication de policiers au debut du XXe siècle”, *Revue d’Histoire Moderne et Contemporaine*, 3, 1990; para el caso inglés remitimos a la extensa producción de Clive Emsley, *The English Police: A Political and Social History*, (Hemel Hempstead, Wheatsheaf, 1991); Barbara Weinberger, “Are the Police Professionals? An Historical Account of the British Police Institution”, en C. Emsley and B. Weinberger (eds.). *Policing Western Europe, Political, Professionalism, and Public Order*. (Westport: Greenwood, 1991). Para los casos de América Latina marca una diferencia la historiografía de Brasil, que cuenta con sugerentes trabajos fundacionales para el estudio de la policía de Río de Janeiro para comienzos del siglo XX. Para ello véase Marcos Bretas, *A Guerra das Ruas: Povo e Polícia na Cidade do Rio de Janeiro* (Río de Janeiro: Ministério da Justiça, Arquivo Nacional, 1997), *Orden na Cidade. O exercício cotidiano da autoridade policial no Rio de Janeiro: 1907-1930. Orden na cidade. O exercício cotidiano da autoridade policial no Rio de Janeiro: 1907-1930*, (Rocco, Rio de Janeiro, 1997). En la historiografía regional una muestra elocuente de un renovado interés en los estudios de policía, son los trabajos y las discusiones desarrollados en las “Jornadas de Policía” que se vienen desarrollando a partir del año 2008 en adelante. Pueden verse los resúmenes de esas jornadas en Crimen y Sociedad. Delito y castigo en perspectiva histórica. Prácticas ilegales, policía, justicia y sistema penitenciario en la Argentina (Siglos XIX y XX) <http://www.crimenysociedad.com.ar> . También una buena síntesis de lo avanzado en este campo Lila Caimari *Mientras la ciudad duerme. Pistoleros, policías y periodistas en Buenos Aires, 1920-1945* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2012) 13-24

Aún en la primera década del siglo XX, esta realidad se mantenía y así aparecía en las memorias institucionales de los años 1906 y 1909, cuando mencionaba que unos mil integrantes de la policía – algo así como un cuarto del total del personal – tomaban a la policía como medio transitorio de vida “cuando las cosechas exigen brazos dándoles utilidades pecuniarias mayores que las que produce el sueldo de agente, dejan este para ir buscando esas utilidades y vuelven cuando terminadas aquellas se les hace difícil la vida en el campo”.³

En el caso de la policía porteña, en casi todo el período, los requerimientos para ingresar fueron menores y se privilegiaba la recomendación de algún particular o redes personales de amigos de la institución para asegurar la incorporación. Desde 1880 la exigencia de moralidad, buena salud y buena conformación física, saber leer y escribir, tener buena conducta o una participación pasada en el ejército fueron los requisitos más exigidos y luego, a partir de 1901, se sumó tener cumplido el servicio militar obligatorio. Sin embargo, la urgencia del reclutamiento y una deficiente reglamentación como la falta de una formación instructiva y física que tendiera a facilitar esas condiciones, provocó en todo el período una forma de ingreso flexible muchas veces decidida en el espacio de las propias comisarías y signadas más que nada por la urgencia de cubrir plazas vacantes.

A lo largo de estos años, las incorporaciones que nutrían el personal de calle se dieron sobre una población amplia y heterogénea, con evidentes rasgos criollos que de algún modo no escapaba a los rasgos propios de la sociedad argentina de ese período, caracterizada por una notable heterogeneidad étnica y cultural. Desde los años ochenta, la argentina experimentó al ritmo del creciente ingreso de población extranjera un simultáneo desplazamiento de población nativa hacia las ciudades, marcando una nueva frontera y la conformación de un espacio cultural propio en tensión o competencia con otras nuevas identidades.⁴

A su vez, el plantel policial porteño se compuso con hombres con antecedentes delictivos, antiguos soldados con servicio cumplido en el ejército de línea, escasos extranjeros y un importante aporte de población del interior del país. La fisonomía más

³ Falcón, Ramón, Carta al Ministro del Interior del 10 de junio de 1907. Memoria de la Policía de Buenos Aires, Jefatura de Ramón L. Falcón, 1906-1909. Imprenta y Encuadernación de la Policía. Buenos Aires, 1909. CEHP, Buenos Aires, T.1, p. 134 (en adelante *Memorias Falcón 1906-1909*)

⁴ Para ampliar estas ideas en relación a la definición de los rasgos culturales del criollismo, véase Adolfo Prieto, “El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna”, (Buenos Aires, Sudamericana, 1988), Introducción.

común era estatura mediana, tez morena, rostros marcados y curtidos, pelo oscuro, gruesos bigotes, y por las referencias encontradas de un trato hosco y de pocas palabras.

La propia institución contribuía a alimentar la construcción de una imagen dudosa con denuncias internas que giraban en torno a los vicios de sus agentes y los recurrentes pedidos de baja por ebriedad de los vigilantes, mal desempeño de funciones, abandono del servicio, concurrencia a bares o casas de juego, la impericia para detener a un delincuente. La mala imagen de un servicio de estas características evidenciaba un problema policial que mostraba a su vez débiles intentos de solución y convirtieron en crónicos los reclamos paliativos de mayor presupuesto o mejora en la composición de la base policial.⁵

La inestabilidad de los policías fue recurrente en todo el período y parte del problema residía en las características del mercado de trabajo porteño que llevó en algunas ocasiones a reclutar personal en las provincias, con promesas de adelantos de sueldo y pago de costos de viaje. Los escasos atractivos que tenía prestar servicio en la policía fueron justificados recurrentemente por los malos salarios, por el desinterés de pensar en la carrera policial y por el desapego a la tarea. Los esfuerzos físicos, la disciplina del ejercicio policial sumado a un claro desprestigio popular conspiraban contra un efectivo reclutamiento. También los repetidos riesgos personales y accidentes fueron considerados para abandonar los puestos. Los accidentes más comunes eran con los caballos, quemaduras en incendios, lesiones causadas por contraventores ebrios o resistentes a una detención, fracturas y hasta la muerte en accidentes en la calle o por enfrentamientos armados.⁶ Poco ayudaban también, las rondas de vigilancia a la intemperie, las altas temperaturas de verano o el frío del invierno con indumentaria inadecuada. Los períodos de cosecha fueron los de mayor impacto en los pedidos de baja o abandono del servicio en el marco de un laxo sistema de licencias en la administración pública que facilitaba un juego de especulaciones con las posibles ofertas que fueran surgiendo en otros lugares. Estos problemas no eran excluyentes de la policía porteña, una situación similar se observa para el mismo período en el caso de las

⁵ Sandra Gayol en un trabajo que reconstruye el perfil del policía hacia finales de siglo, releva los datos de la comisaría de la Boca para el año 1877 para establecer cómo se componían las bajas por secciones. Para un total de 62 agentes, fueron 53 los que dejaron el servicio por ebriedad, 5 por frecuentar bares, otros 5 por faltar al servicio, 5 por quedarse dormidos en su parada, tres por robo y otros tres por propio pedido de su baja. En Sandra Gayol, "Entre lo deseable y lo posible: perfil de la policía de Buenos Aires en la segunda mitad del siglo XIX", *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral N° 10*, Año VI, Primer Semestre, Santa Fe, (1996) 127

⁶ Nómina de lesiones y daños personales del personal policial y de bomberos para el año 1908. Datos tomados de *Memoria Falcón, 1906-1909*, p. 555-568

policías inglesas, en las que las dimisiones voluntarias marcaron un elevado índice de abandono debido a la dificultad para esos hombres de adaptarse a la vida policial y a la búsqueda de mejores condiciones de vida civil. En esos casos la pérdida de personal (calificado y no calificado) provocó la aceleración de medidas tendientes a elevar salarios, mejorar el prestigio social de la tarea policial entre los sectores obreros (población fundamental para el reclutamiento) como perfeccionar condiciones de trabajo.⁷

En Buenos Aires, en la historia policial de comienzos de siglo, se emprenden de manera más orgánica ciertos cambios que pretenden un giro hacia la profesionalización que supere los crónicos problemas de ingreso y formación. Señala liminar en los pasos hacia la modernización policial.

Los hombres policías

Ahora bien, ¿quiénes eran policías?. La tarea de componer los rasgos del plantel policial no es sencilla, si bien, como ya se mencionó, la base policial se conformó con hombres de origen marginal, mayormente analfabetos y que tomaron como opción transitoria el trabajo policial.⁸

La composición de la base policial con hombres con un pasado asociado al delito parece ser un rasgo principalmente marcado en los años ochenta, en los inicios de esa policía de la capital. Fueron recurrentes las referencias en la *Revista de Policía*, publicación relacionada con la actualidad institucional y novedades del mundo policial, los debates sobre la honorabilidad de la fuerza. Se reconoce en uno de sus números que “en la gran máquina policial el vigilante es una de las piezas más importantes por lo que

⁷ Joanne Klein, “Leaving at his own request.. Les démissions volontaires d’agents de police Britannique.” En Jean-Marc Berlière, Catherine Denys, Dominique Kalifa, Vincent Milliot *op.cit.*, 189 y ss.

⁸ La ausencia de documentos que permitan acceder a datos o armar series de empleados son un verdadero problema para la reconstrucción del perfil policial. De todos modos, reconstruí las características de ese plantel policial con los datos y descripciones obtenidas de un conjunto de documentación institucional, publicaciones periódicas y que ampliamos también hacia textos literarios. Vamos a considerar para parte de la definición del plantel los 16 casos de “Viejos Servidores” publicados por la revista *Sherlock Holmes [Buenos Aires]* entre 1912 y 1913. Esta revista publicó una serie de pequeñas biografías, una especie de homenaje a los antiguos servidores de la policía con más de veinte años de servicio. La mayoría estaba muy próxima a jubilarse y en lo que es evidente la intención de hacer promoción de esos beneficios. Las biografías conforman una breve reseña de su vida y sus años de servicio, mencionan los hechos más destacados y publican la foto de cada uno de ellos. Esta publicación orientada a temas de la cultura urbana, del delito, con intuitivas notas que evidencian los cambios en la sociedad y muestra de una excepcional cercanía con la policía (y una fluida recepción de información brindada por ella). Algo así como una revista “amiga de la fuerza”, incluyó en los números relevados información institucional valiosísima, como una diversidad de notas y reportajes realizados con fácil acceso a comisarías, personal retirado y funcionarios.

debe cuidarse que sea honrado y medianamente instruido (...) es deber pues observar una severa escrupulosidad en la elección de los individuos”, anhelos que chocan con la evidente realidad de que “gran número de los que componen el personal son individuos viciosos y muchos de ellos han dejado recuerdos bien tristes en nuestra sociedad y han arrastrado en las cárceles las cadenas del presidiario”. Y la sospecha confirmada de que los vínculos de amistad contraídos en las cárcel con los malhechores les “imponen deberes que no pueden prescindir más tarde” tolerando en su presente como agente otros delitos cometidos.⁹

No es difícil pensar que los integrantes del servicio de calle en los años ochenta no se diferenciaran mayormente de los individuos que vigilaban sumado a que en todo el período aparecen señales de tolerancia en este aspecto, de permeabilidad de perfiles. Años más tarde, los requisitos para el ingreso a la Compañía de Cadetes de 1906 (una suerte de ensayo de escuela policial) establecían no haber tenido una condena o sobreseimiento por delitos o no haber reincidido en delitos menos graves, pero no anulaba los postulantes que los hubiesen cometido. Completaba esto una curiosa fe en la conversión de esas conductas con la experiencia dentro de la policía. Así, en sus memorias como Jefe de Policía, Ramón Falcón reconoció “un número bastante crecido de individuos viciosos” dentro de la fuerza, justificados por la dificultad de cubrir las vacantes y porque el propio trabajo policial funcionaría en definitiva como especie de modificador de conductas.¹⁰ Será recién en 1910, cuando se establezca como claro requisito para el ingreso a la Escuela de Agentes, el no contar con antecedentes penales. De todos modos, el ingreso a la policía se daba aún en esos años por diversas vías, convirtiendo a los requerimientos escritos en formalidades no siempre cumplidas, como reconoce en 1911 el jefe de policía, la procedencia de sectores sociales marginales aparece como constante en todo la época, hombres “nacidos y educados [los] modestos servidores de nuestra institución entre los elementos populares”.¹¹

La delgada línea que separaba esos mundos de pertenencia fue dibujada con suma claridad por la literatura costumbrista. En *Memorias de un Vigilante* (1897) del célebre Fray Mocho, el autor recreó en la figura del agente Fabio Carrizo las andanzas en la ciudad de Buenos Aires de un joven policía proveniente del interior. En el relato desplegó las impresiones sobre la gran ciudad, el mundo del delito, pero

⁹ *Revista de Policía*, [Buenos Aires] Años I, número 4, 30 de agosto de 1882

¹⁰ “Escuela de Agentes”, *Memorias Falcón 1906-1909*, p. 41

¹¹ Alberto Dellepiane, “Nuestro Agente de Policía”, *Revista de Policía* [Buenos Aires] 1º de mayo de 1911

fundamentalmente sobre la tarea de ser policía. En ese texto se desarrollan numerosas escenas e imágenes que describen la transformación del muchachito de provincia frente al mundo nuevo de la ciudad que recién llegado se reclutó como policía; el acercamiento a los códigos y caracteres propios de los delincuentes de la gran ciudad, el despliegue de un mundo que le era ajeno.

La recreación de este personaje evidencia el ingreso en la policía como refugio y salvaguarda – al parecer definitivo – de un mundo extraño y asociado al bajo fondo o al mundo del delito, y en la vida del propio agente Carrizo se ve de qué modo en la existencia de un mismo individuo se suceden diferentes pasajes o estados, de su pasado como “paria” y “desheredado” a un presente como agente policial, que si hace mérito puede llegar a sargento. El personaje del cuento, Carrizo, rememora la felicidad del día “en que después de cuatro años de rudo aprendizaje tuve en mi brazos la escuadra de cabo 2° de la 4° compañía. Era alguien y esto es mucho para quien no había sido nada!”.¹² El cuento se torna en consejo y en el intento por mostrar la facilidad del ascenso a quien bien hacía las cosas, parábola del valor del esfuerzo, valoración del ingreso a la policía y de las ventajas de pertenecer a un mundo que lo alejaba de la posibilidad de sumarse a otros.

Fuera del mundo literario, en el mundo real, en octubre de 1907, el agente policial Sandoval pidió a la presidenta de la Sociedad de Beneficencia por intermedio de la jefatura de policía, ayuda y resguardo en algún asilo para sus pequeñas hijas, ayuda para librarlas de un certero destino de mala vida dada la “vida viciosa” que llevaba su esposa, la madre de las niñas.¹³ Así, Sandoval intentaba rescatar a sus hijas del dudoso origen familiar recurriendo a la propia institución policial como canal para su resguardo.

Como se mencionó más arriba, el componente de hombres de provincia está muy presente y visible en los rasgos acriollados de esa policía no sólo por la llegada de una especie de migración interna a la ciudad conducida sin duda por un conjunto de circunstancias asociadas no sólo a los vaivenes del mercado de trabajo sino a los efectos de la desmovilización de hombres por el ejército. También por la búsqueda en las provincias de hombres que pudieran cumplir las vacantes en la capital. Así, jóvenes solos o con alguna carta de recomendación en el bolsillo llegaban a la ciudad en busca de alguna oportunidad que la policía rápidamente podía ofrecer.

¹² Alvarez José Sixto (Fray Mocho) , *Cuentos con policías* (Buenos Aires: Sur, 1962) 50

¹³ “Nota del Jefe de Policía a la presidenta de la Sociedad de Beneficencia Etelvina C. de Salas”, Buenos Aires, 31 de octubre de 1907, Defensoría de Menores, 1904-1913, AGN, Legajo 7.

El periodista francés Jules Huret los describía en su célebre relato sobre la argentina del Centenario como un elemento de contraste, casi extraño para esa Buenos Aires cosmopolita que lo había deslumbrado por su gran parecido con las capitales europeas:

“El gran número de automóviles y berlinas particulares que circulan por las vías contribuye a formar la atmósfera de lujo de una ciudad rica. La única nota local, típica, la dan los ‘vigilantes’ o guardias de baja estatura y tez achocolatada, de indios mestizos uniformados a la inglesa, todo de negro, incluso el casco. Carric negro también con botones de metal blanco. Se hallan siempre en medio de la, calle, visibles y atentos siempre y bastante amables para los extranjeros que se dirigen a ellos.”¹⁴

Rasgos que generaban disgustos en algunos vecinos de la ciudad, quienes incómodos por el aspecto y piel morena del policía de parada en la esquina de su calle impulsaron pedidos al Jefe de Policía para su relevo o para que se lo afectara a cumplir rondas nocturnas, es decir hacerlos menos visibles.¹⁵ Las observaciones sobre rasgos físicos y culturales de los policías porteños también aparecen en la prensa militante que observó y los describió con desprecio. En el periódico socialista *La Vanguardia*, aparecen recurrentes notas de un tinte similar:

“La policía de esta capital deja mucho que desear. Predomina en su seno un elemento que no ha podido sustraerse todavía de la influencia atávica del compadrazgo, de la brutalidad y de la ignorancia y en el cual se ha estrellado la influencia civilizadora de este comienzo de siglo. Su apego incorregible a las compadradas avergüenza a cada paso la cultura de su pueblo y su inferioridad étnica contrasta con el carácter europeo de nuestra metrópoli. Y somos nosotros los que más padecemos una policía semejante.”¹⁶

En otra insisten: “Volvamos a repetirlo: los empleados policiales son los que se guardan machete al cinto, en su mayoría están muy lejos de ser modelos de cultura”.¹⁷

¹⁴ Jules Huret *Del Buenos Aires al Gran Chaco I*, Biblioteca Argentina de Historia y Política (Buenos Aires: Hyspamérica, 1988) 45 y 46.

¹⁵ “Vecinos que sentían incurable fobia por los morenos...”. Fernández Duque, *Medio siglo de historia de la Caja de Socorros de la Policía y Bomberos de la Capital, 1890-1940*, (Buenos Aires: Ex Libris Biblioteca Policial, 1941) 70

¹⁶ “Nuestra policía”, *La Vanguardia* [Buenos Aires] 24 de agosto de 1901

¹⁷ “Gesta Policial”, *La Vanguardia* [Buenos Aires] 16 de enero 1910

En el registro anticriollista del anarquismo de esos años, esos rasgos policiales fueron un objetivo privilegiado de las críticas y valoraciones de fuerte contenido racial para ese grueso de población policial del interior, que como bien reconoce Pablo Ansolabehere expresaron “las posturas más extremas en cuanto a la inferioridad racial de los pueblos indígenas” para representar a la policía. Así términos como “indios” o “gauchos de uniforme” aparecían para explicar la brutalidad en la represión e intervención policial.¹⁸ Tomamos de él la siguiente cita de *La Protesta* en la que se lleva al extremo esta visión (en lo que entendemos se hace referencia a los hombres de la Guardia de Caballería): “tipo pampa, de tez cobriza, fisonomía brutal, con estigmas de degeneración alcohólica...representación clásica de la civilización argentina. Casco a la prusiana y exterioridades brillantes, pero alma, cerebro, instintos, gustos, predilecciones, y procederes de indio, de gaucho montaraza, cuando menos...”.¹⁹

La revista *Sherlock Holmes*, recupera en un sentido contrario, esos rasgos criollos que mencionamos arriba y los evoca así:

“Es Videla uno de eso criollos de vieja cepa de que van quedando ya bien pocos ejemplares entre el aluvión cosmopolita de la gran urbe. Basta verlo una vez, con su arrogante plante de hombre fuerte, su sonrisa bonachona, de niño forzado, su mirada serena y valiente, que no rehúye jamás la visión directa, para darse cuenta de que se está tratando con uno de esos raros hombres, hechos todos de una sola pieza, que constituyeran un día la guardia noble de la raza”.²⁰

Otro caso de “la hermosa planta de soldado criollo” que era el sargento Bernardo Cuello; o el sanjuanino Salvador Benítez quien participó en la conquista del desierto; o el caso de Inocencio Viviani que es “un indio derecho” o el agente José Coñué que “es un fruto genuino de la pampa” cuyo vocabularios tiene “evocaciones del desierto...”.²¹

¹⁸ Pablo Ansolabehere, *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*, (Rosario, Beatriz Viterbo, 2011) 110-111.

¹⁹ En “El gran remedio” de Elam Ravel, en *La Protesta*, 20 de febrero de 1904, tomamos la cita de Pablo Ansolabehere, *op.cit*, 110. Para una visión más amplia de las configuraciones y representaciones de la relación entre policía y anarquismo a comienzos de siglo véase la tesis doctoral de Martín Albornoz *Figuraciones del anarquismo. El anarquismo y sus representaciones culturales en Buenos Aires (1890-1905)*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, 2015, Capítulo VI “Policías entre anarquistas: una aproximación a la mirada policial sobre el anarquismo”.

²⁰ Descripción del Sargento Esteban Videla. En “Los Viejos Servidores”, revista *Sherlock Holmes* [Buenos Aires], 20 de agosto de 1912

²¹ “Viejos Servidores”, *Sherlock Holmes* [Buenos Aires] referencias correspondientes a los números 20 y 27 de agosto, 3 de septiembre, 17 de diciembre de 1912 y 8 de abril de 1913.

Entre los datos que ofrece esta revista, resulta sumamente significativo que entre esos hombres a los que se distingue por sus años de servicio, luego de más de veinte años en la policía – y un anhelo fuerte por llegar a la jubilación - no hayan pasado del puesto de sargento como límite a la carrera de ascensos. Estos hombres no referencian formación alguna sino más bien parecen exaltar la “experiencia en la calle” y desdeñar de la formación más formal que ya se estaba impulsando en la primera década del siglo. La práctica de rendir exámenes de promoción en la Policía de la Capital era limitada a un grupo de hombres cuya formación previa les facilitaba poder estudiar los programas, presentarse ante una mesa examinadora y obtener calificaciones para ganar los concursos de ascenso. Si bien desde 1896 se pautó la promoción de cargos superiores por concurso con exámenes de competencia, quedó rápidamente en evidencia que la falta de preparación y formación sumadas a las exigencias de los exámenes (estudio del Código Civil, nociones de historia policial y de reglamentaciones, idioma francés) hizo poco frecuente esta práctica y la implementación de cursos preparatorios para los exámenes tampoco fue efectiva.

Pese a la vigencia de este tipo de disposiciones así como la noción de examinar a los postulantes, el ingreso a la policía y la promoción interna se mantuvo por una diversidad de canales sin mediación de concursos, provocaba que la mayoría del plantel policial no optara por esta vía, razón por la que se sucedía una diversidad de situaciones y eran comunes prolongados letargos en puestos bajos. La falta de preparación obturaba las posibilidades de ascenso fundamentalmente al personal subalterno hasta que se estableció una estrategia alternativa con exámenes de competencia en las comisarías, elecciones del comisario sobre los hombres más antiguos o como premio por acciones heroicas. La documentación muestra los destinos y caminos diferentes, conformando una suerte de carreras paralelas entre hombres provenientes de diversas realidades y que tomarán opciones diferentes dentro de la fuerza. Así, el agente Lorenzo Ferreyra, originario de San Luis, ex soldado y próximo a jubilarse con sus casi veinticinco años de servicio en la policía “es otro de los veteranos que ha hecho su aprendizaje con el arma bajo el brazo, en los tiempos crudos en que la milicia no se reducía, como él mismo dice, a los ‘firuletes’ de la academia”, haciendo referencia a los cambios dados hacia la primera década del siglo en los que se ponderó mayormente la formación académica de los agentes.²²

²² “Viejos Servidores”, *Sherlock Holmes* [Buenos Aires] 6 de febrero de 1913.

No es sólo la tensión entre práctica callejera y formación académica lo que surge de la revisión de estos casos, sino la evidencia de la escasísima formación con la que estos hombres llegados del interior, con años de servicio en el ejército de línea y las visibles marcas de esa experiencia, de vivencias pueblerinas con aire a desierto fueron puestos a servir en una Buenos Aires cuyo destino cosmopolita ya estaba signado.

Así, encontramos casos y experiencias extremas como la del agente José Cañué, que a los 16 años de edad fue tomado prisionero por Ejército Nacional en un enfrentamiento con las columnas del cacique Namuncurá, y “se ha mantenido tan indio como era cuando fue tomado prisionero”, con el que sus superiores tuvieron especial cuidado de que nunca sirviera en la calle y permaneciera dentro de la comisaría, pues bastó una vez como prueba cuando “intervino en una gresca callejera y recordando sin duda sus buenos tiempos de guerrero del desierto la emprendió a machete limpio”.²³

Son muy escasas las referencias de extranjeros en la policía y esos casos se explican más bien como experiencias esporádicas o alternativas de trabajo por tiempo muy breve para quienes entraron a Buenos Aires por el puerto, pero no como solución al problema del reclutamiento. Dato visible en la policía que para 1909, sobre un total de casi cuatro mil hombres sólo 78 no eran argentinos, es decir algo más de un dos por ciento (en comparación, la policía de Río de Janeiro contaba con una presencia mayor de extranjeros en su tropa, alcanzando un 20% para ese período y con altísimo índice de rotación).²⁴ Es difícil suponer que quien realizó una travesía tan prolongada y costosa y con expectativas de progreso lo hiciera para morir en la policía, para cubrir un puesto en una fuerza poco atractiva a sus intereses que influyó seguramente en la decisión de abandonar su país de origen, si recordamos la incidencia de las causas políticas como impulso a numerosos casos de inmigración. Sumado a esto, los inmigrantes encararon la búsqueda de trabajo al ritmo de las posibilidades de un vertiginoso mercado que ofrecía un amplio abanico de opciones: en el espacio rural como puesteros o aparceros,

²³Cañué, fue rescatado por un pariente luego de ser tomado prisionero por el Ejército Federal en enfrentamiento con las columnas del cacique Namuncurá. Fue puesto bajo la guarda del comisario Nazar quien lo hizo ingresar en la policía en 1891 para prestar servicio en la comisaría 7ª. Al momento de la entrevista llevaba 22 años de servicio y estaba próximo a jubilarse. “Viejos Servidores”, *Sherlock Holmes [Buenos Aires]* [Buenos Aires] 8 de abril de 1913. El caso de Cañué no parece tan extraño si se considera la cuestión indígena posterior a las campañas militares. Para eso véase Enrique Mases “Estado y Cuestión Indígena: Argentina 1878-1885” en Juan Suriano (compilador) *La Cuestión social en Argentina 1870-1943*, (Buenos Aires: La Colmena, 2000) 301 y ss.

²⁴Censo General de Población, Edificaciones, Comercio e Industrias de la Ciudad de Buenos Aires, Conmemorativo del Primer Centenario de la Revolución de Mayo, 1810-1910, Buenos Aires, Cia. Sudamericana de Billetes de Banco, 1910, Tomo I; Marcos Bretas “A Policía carioca no Imperio”, *Revista Estudos Históricas, Rio de Janeiro*, vol. 12, n. 22 (1998) 219-234

changador en el puerto o la aduana o peón de cuadrilla de obras públicas, operario de taller o dependiente en un comercio y con audacia probar suerte por cuenta propia. En suma, existían muchas maneras de empezar a trabajar y probablemente ninguna de ellas fuera definitiva ni estable.²⁵

De todos modos, existen casos de quiénes permanecieron por años en la policía como el del agente Francisco Maghitelli que para 1913 todavía prestaba servicios y estaba pronto a jubilarse. “Tipo clásico de cocoliche bonaerense en toda su pintoresca característica de italiano acriollado” según lo describe la revista *Sherlock Holmes*, llegó a Buenos Aires en 1860 y con 65 años de edad y 23 de servicio sólo piensa en jubilarse en la policía, y se dice “contento de servir a la Argentina”. Los datos muestran que entró en la policía ya con 42 años y luego de treinta años de permanecer en el país, por lo que se desprende no fue una opción de trabajo inicial y probablemente al ser recién en los años 1890 esté relacionado con un contexto de crisis y desempleo, motivo que siempre funcionó como disparador de candidatos que buscaban un trabajo y puesto de resguardo en la policía.²⁶ Las memorias de un viejo policía que prestó servicios en la primera década del siglo relatan que en la comisaría ubicada en las calles Lavalle y Suipacha de la ciudad “con excepción de muy pocos extranjeros, no recuerdo mas que a tres o cuatro, todos los agentes eran argentinos nativos, criollos hasta la médula, muchos del Norte y otros del Litoral (...) bien portados en el uniforme, pulcros, el cabello corto, afeitados, limpios...”.²⁷

Pero evidentemente, el componente más importante en la conformación del plantel policial de estas décadas iniciales de la policía porteña fue el de los antiguos soldados del ejército, particular característica de reclutamiento experimentada también por otras policías, como es el caso de la policía de París. Una crónica dificultad para la incorporación de hombres impulsó a la policía de París a reclutar en altas proporciones entre antiguos soldados y suboficiales con años de servicio en el ejército, hecho que marcó profundamente los rasgos policiales con “la mentalidad del mundo militar” en la organización de una policía urbana.²⁸

²⁵ Hilda Sabato y Luis A. Romero, *Los trabajadores de Buenos Aires. La experiencia del mercado, 1850-1880*, (Buenos Aires: Sudamericana, 1992) 248

²⁶ “Viejos Servidores”, *Sherlock Holmes*, [Buenos Aires] 16 de enero de 1913

²⁷ Nicolás Labanca *Recuerdos de la comisaría 3ª. Ambiente y acción policial hace 50 años.*(Buenos Aires: Viomar, 1960) 22

²⁸ Jean- Marc Berlière *Le monde des polices en France* (Bruselas: Complexe, Bruselas, 1996) 71-72. Igual situación describe Jean-Claude Farsy en relación al reclutamiento entre soldados y la garantía de un empleo reservado en la policía, norma vigente fundamentalmente para la policía de Estado. Jean-Claude

En Argentina, la experiencia militar y de la guerra de las últimas décadas del siglo XIX, dejó su influjo en las policías urbanas. El enganche forzoso de hombres en el interior con destino a la Guerra del Paraguay que se dio entre 1865 y 1870; las movilizaciones militares entre mediados de los años '70 y '80 con destino a las campañas militares en el interior como finalmente la campaña al desierto demandó una leva en el interior del país de miles de hombres jóvenes para la conformación del ejército de línea. Para el año 1884, llegaron a ser alrededor de ocho mil los soldados que se fueron desmovilizando una vez finalizados los objetivos militares. Esas tropas se componían en teoría de voluntarios bajo contrato entre dos y seis años de duración, pero finalmente el reclutamiento se dio sobre hombres condenados por delitos comunes para quienes el servicio en el ejército oficiaba de especie de “presidio”. Otros casos se dieron por enganche de “sargentos reclutadores” o “recomendaciones” de sospechosos realizadas por el juez de paz o comisarios locales. En el ejército parecía abrirse un abismo entre los hombres de esta tropa criolla que avergonzaba a parte del ejército y de la sociedad con los hombres de rangos superiores, con la oficialidad que provenía de otros ámbitos sociales – pero al igual que los otros sin formación anterior – respondía a cadenas de recomendaciones.²⁹

Es decir, el componente social de estas milicias se conformó con la marginalidad del interior del país, con hombres sin formación alguna y lindantes con el mundo del delito. La guerra y la milicia en tanto experiencia colectiva que contó con el entrenamiento en el manejo de armas, en la disciplina militar y del cuartel, en las luchas en el frente y en las prolongadas estadías en la campaña y el desierto, se diluyó en desmovilizaciones hacia una diversidad de destinos individuales. Y la policía porteña fue uno de esos destinos elegidos.³⁰

La realidad con la que se encontraron esos hombres una vez finalizados sus servicios en el ejército los llevó a tomar casi como única vía de reinserción social y laboral el entrar en la policía, siendo la de la ciudad de Buenos Aires la más tentadora.

Farsy “Itinéraires”, Jean-Marc Berilière, Catherine Denys, Dominique Kalifa, Vincent Milliot, *op.cit.*, 159

²⁹Alain Rouquié, “El viejo Ejército”, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, (Buenos Aires: Emecé, 1981) 76. También puede verse allí los rasgos de este ejército y los efectos sobre la profesionalización militar.

³⁰Existen algunos antecedentes de utilización de “mano de obra cautiva” compuesta de prisioneros de guerra, básicamente de la Guerra del Paraguay como un aprovechamiento de mano de obra barata y obligadamente estable, pero si bien no encontramos la referencia exacta, constan datos de casos de prisioneros paraguayos que terminaron sirviendo en la policía de la capital. Sabato y Romero, *op.cit.*, “Formas restrictivas de trabajo libre”, 173 y ss.

Así, por ejemplo un grupo importante de veteranos de la Guerra del Paraguay que fueron trasladados a la capital se quedó finalmente en la ciudad y tomó como opción el ingreso en la policía porteña.³¹

Para estos hombres, la incursión en el mercado de trabajo era limitada ya que su experiencia más cercana - y marca de sus años de juventud - estaba asociada al cuartel. La estrategia fue ingresar a una fuerza que estaba en formación, que demandaba hombres y una carta de recomendación o el mismo pasado militar eran las llaves que garantizaban el ingreso. Así, la policía se conformaba como un destino seguro, de resguardo y garantía de beneficios salariales estables, servicio médico, de una Caja de Socorros con servicios mutuales – muy necesarios para los veteranos de guerra - y una jubilación que contabilizaba la antigüedad de aquellos años en el frente. La Revista de Policía lo justifica como el refugio honorable y obligado de todos los soldados y clases que se retiran del ejército “es allí donde continúan su modesto pero inapreciable servicio cuando por la edad o las enfermedades adquiridas en la intemperie de largas campañas por el desierto” sumado a un origen humilde les impide hacer carrera en otro ámbito y se ven obligados a ingresar a la policía.³²

Los destinos desdibujados por los años en el ejército habían construido una experiencia de vida con dificultades para retomar el pasado y para la reinserción en el interior. Así, la policía, sumaba hombres de oscuros y marginales orígenes que el mismo paso por el ejército había agudizado. Entiendo que el reclutamiento entre esos soldados señala una diferencia y una estrategia personal diferentes al momento de optar por ser policía, pues en esos casos el objetivo principal era el de permanecer en el puesto los años necesarios para alcanzar el beneficio de la jubilación. Las cifras de comienzos del siglo confirman esta idea con el significativo dato de que más del setenta por ciento de los agentes de policía eran antiguos soldados, contando el más joven con al menos 10 años de antigüedad.³³

Historiadores franceses han reflexionado sobre la influencia de ese reclutamiento de soldados y militares en las propias policías urbanas. Si bien rescatan de algún modo lo positivo de esa experiencia por las nociones adquiridas de obediencia a la autoridad, condiciones físicas y mantenimiento del orden, convivían con el costado

³¹ Miguel A. De Marco “Los soldados del interior” *La guerra del Paraguay*, (Buenos Aires: Planeta, 1995) 340

³² *Revista de Policía* [Buenos Aires] 16 de octubre de 1906.

³³ “Escuela de Agentes”, Memoria de la Policía de Buenos Aires, Jefatura de Ramón L. Falcón, 1906-1909. Imprenta y Encuadernación de la Policía. Buenos Aires, 1909. CEHP, Buenos Aires, T.1, p. 42-43

negativo ligado a la vida militar: falta de incentivos, bajo nivel intelectual y recurrente tendencia al alcohol. También, la experiencia militar se tradujo en prácticas más brutales en arrestos e interrogatorios y particularmente en las modalidades para el mantenimiento del orden en las ciudades pequeñas.³⁴

Sin duda, en Buenos Aires, era la opción más tentadora y parece confirmarse en el análisis de los casos de los viejos servidores, quienes próximos a jubilarse en tiempos del Centenario, contaban todos con años de servicio en el Ejército: Salvador Benítez, sanjuanino, ex soldado de línea, participó en la campaña del desierto e ingresó a la policía en 1889 con cuarenta años de edad; Vicente Vázquez Soruco ingresó a la policía en 1888 con 24 años de edad luego de servir en el ejército durante cuatro años; Inocencio Viviani nacido en la República Oriental ingresó también en 1888 con 22 años de edad luego de servir como soldado del Cuerpo de Infantería de ese país; sargento Antonio Bustos fue soldado del Cuerpo de Artillería de Costas hasta 1894, ingresó a la policía con 26 años de edad; Agente Lorenzo Ferreira soldado durante dos años ingresa como agente de la policía en 1890. El caso más extremo parece el de Gabriel Caraballo “reliquia viva” – jubilado al momento del relato – que empezó a servir con Juan Manuel de Rosas en la década de 1840 como sereno “de los que cantaban las horas”, participó en la Guerra del Paraguay y estuvo casi seis años de servicio para el ejército y “con cicatrices en el cuerpo de aquella guerra” ingresó luego directamente como vigilante en la policía de la capital.³⁵

Los casos revelados por la revista *Sherlock Holmes* y completados con los datos de las fojas de servicio nos dan la evidencia de la centralidad que tiene la jubilación como objetivo que motiva el ingreso a la policía así como el escaso interés por realizar una carrera de ascensos. Prueba de ello es que todos los casos mencionados más arriba se jubilaron con el mismo cargo raso con el que habían ingresado: sargento, cabo o vigilante y señalan la realidad de la expectativa por sumar los años de servicio faltantes para el retiro: contando la edad más por los años de servicio que por los años de vida.³⁶

El reconocimiento a los años de servicio unificaba la experiencia militar con la policial, siendo esta última la encargada de salvar los años de servicio prestados a la “patria” como sin marcar diferencias interpreta un sargento próximo a jubilarse, que

³⁴ Jean- Marc Berlière, *Le préfet Lépine. Vers la naissance de la police moderne*, (Paris: Denoël, 1993); 163.

³⁵ “Los Viejos Servidores”, *Sherlock Holmes*, [Buenos Aires] 3, y 10 de septiembre, 10, 17 y 31 de diciembre de 1912 y 6 de febrero de 1913.

³⁶ Así lo confiesa el sargento Bernardo Cuello al entrevistador de la revista *Sherlock Holmes*, [Buenos Aires] 27 de agosto de 1912.

explica que su fidelidad a los superiores en la policía se debió “al intenso amor a la nación argentina”.³⁷

Para estos viejos soldados, el pasado militar era la única experiencia de formación, y el gran valor a exaltar ante las novedades que impulsa la academia policial en los primeros años del siglo XX. Reivindicadores de la práctica cotidiana y nostálgicos de una policía acriollada coexistieron en sus últimos años de servicio con los cambios que se perfilaban en las primeras décadas de ese siglo hacia una policía moderna y convivieron en la comisaría y en la calle con hombres que ingresaban de lugares y con anhelos diferentes a la carrera policial.

Los nuevos hombres policías

La camada de jóvenes cadetes que egresó en 1907 y 1909 de las Compañías de Cadetes impulsadas por Falcón como experiencias previas a la organización de una escuela policial, evidencian un perfil diferente que se plasmará más claramente en los objetivos de la Escuela de Agentes de 1910. Así asomará un nuevo perfil, los “jovencitos” de la academia: el semillero policial.³⁸

Esta nueva vía de entrada a través de las compañías de cadetes, abrió el ingreso a los jóvenes meritorios de la policía que tomaban esas tareas administrativas como un medio de vida mientras cumplían una carrera universitaria, por lo general de abogado. Recién recibidos de bachiller y pensando en el ingreso a la universidad, “me mandaron a prestar servicio en la comisaría 3ª que al igual que las otras con sus prolongados horarios de guardias no dejaban más tiempo que para el descanso (...) necesitando el empleo como medio de vida, debí ajustarme a él abandonando los estudios”, rememora un viejo comisario.³⁹

Al momento de proyectar sus compañías de cadetes, Ramón Falcón, conocedor de los límites de la población policial, dirigió sus objetivos a esa camada de meritorios como una suerte de población ideal para *convertirlos en policías*, es decir alejar de los objetivos universitarios a los estudiantes y lograr la permanencia de esos hombres en la

³⁷ Testimonio de Inocencio Viviani a la revista *Sherlock Holmes*, [Buenos Aires] 17 de diciembre de 1912.

³⁸ Méndez, Ángel *Organización de la Escuelas de Policía. La sección institutos de la capital federal. Su historia, desenvolvimiento y estado actual*. (Buenos Aires: s/d., 1935) 6-8; Rodríguez, A. “El Coronel Falcón y la militarización de la policía” *Mundo Policial*, (Buenos Aires) Año 6, Nº 33.

³⁹ Nicolás Labanca *Recuerdos de la comisaría 3ª. Ambiente y acción policial hace 50 años*. (Buenos Aires: Viomar, 1960) 10-11

institución ofreciéndoles una formación y carrera policial.⁴⁰ De hecho, fueron esos meritorios que contaban con un grado de instrucción en la escuela secundaria quienes lograron ascender en la carrera policial y alcanzar en poco tiempo el cargo de escribientes o auxiliares. Quienes contaban con ambiciones mayores, rindieron los exámenes para obtener cargos superiores.

El quiebre se dio justamente con esta camada de cadetes de las compañías, quienes una vez egresados y distribuidos en tareas dentro de la institución adquirieron la noción de la *carrera policial* y participaron de los concursos para cargos superiores.⁴¹

Incorporada la práctica del examen de competencia los cadetes aparecen obteniendo los primeros puestos y las mejores calificaciones en diferentes concursos. Esto se constata en el relevamiento de datos y características del personal de veintidós comisarías (de las cuarenta y una existentes) y tomando los antecedentes más destacados de las fojas de servicios de unos 150 empleados policiales surgen que los que figuran como egresados de las compañías de cadetes de 1907 y 1909 obtuvieron por concurso cargos superiores. De las 22 comisarías relevadas por la revista *Sherlock Holmes* aparecen referencias a 24 cadetes egresados desde 1907, de los cuales 11 testimonian de acuerdo a sus fojas de servicios haber rendido y aprobado exámenes de promoción para ascensos mientras en el resto del personal los casos de ascensos se justificaban por los años de servicio o por recomendaciones de un superior. La revista no elude destacar a la figura de los cadetes – sobre todo en aquellos que aún no muestran promociones- augurando prometedoras carreras “breve carrera que no le ha dado tiempo todavía a desarrollar sus relevantes facultades para la función policial”.⁴²

Esos datos no son menores y son más bien la evidencia de un corte visible en la disposición del plantel de principios de siglo y en la conformación de un grupo liminar

⁴⁰ El proyecto de ley para la Escuela de Agentes que propuso Falcón – y que finalmente no fue aceptada – contemplaba contratos de cinco años y sueldo de \$30 para los alumnos de la escuela. Además con la fe en que esos años funcionarían como estímulo a la carrera y formadores de vínculos eliminarían la idea de abandonar la fuerza. “Escuela de Agentes”, Memoria de la Policía de Buenos Aires, Jefatura de Ramón L. Falcón, 1906-1909. Imprenta y Encuadernación de la Policía. Buenos Aires, 1909. CEHP, Buenos Aires, T.1, 45-46.

⁴¹ De los concursos celebrados en 1908, de 140 aspirantes para el cargo de Oficial Inspector, 30 cadetes obtuvieron los primeros puestos con las más altas calificaciones; para 1909 había 11 Oficiales Inspectores egresados de la Primer Compañía y 86 Escribientes en servicio entre las 40 comisarías. “Compañía de Cadetes”, Memoria de la Policía de Buenos Aires, Jefatura de Ramón L. Falcón, 1906-1909. Imprenta y Encuadernación de la Policía. Buenos Aires, 1909. CEHP, Buenos Aires, T.1, 41

⁴² Relevamos datos de importancia para la reconstrucción del personal de las comisarías de la Revista *Sherlock Holmes*. El relevamiento de veintidós de las cuarenta y un comisarías existentes para 1913 ofrecen datos muy peculiares para trazar perfiles, marcar paralelos entre el personal y para comprender los caminos que fue tomando la construcción de la carrera para casos específicos. Fueron revisados para esta investigación los cuarenta y cuatro números semanales publicados entre el 1° de agosto de 1912 y el 1° de julio de 1913.

de la carrera profesional de contornos más precisos.⁴³ Al parecer, poco tienen que ver estos cadetes con sus pares policías (pese al débil peso numérico pues la primera compañía fue de 200 cadetes y de 118 la segunda sobre un plantel de más de 4000 miembros) que ingresaron por diversas vías y en respuesta a distintas experiencias, pero que sin embargo convivieron por largo tiempo en la misma institución.⁴⁴

Esta camada es la evidencia de la internalización de la noción de la carrera policial, que si bien se consolidará recién en los años 20 y 30, aquí y en estos hechos señalados, parece dar sus primeras muestras. La evidente marca que dejó la experiencia de ser “cadete” se mantuvo en todos los años de recorrido por la policía y los conformó como una “fauna” diferente dentro de la institución, les dió prestigio y fue sello y evidencia un origen distinto. Jóvenes que inauguraron una rutina de vida, para quienes la jubilación era un beneficio entendido como la parte final de un largo recorrido y no la meta buscada por permanecer en la fuerza. Las compañías de cadetes, como lo será más tarde la Escuela de Agentes, moldearán el perfil deseado para la policía con condiciones de ingreso que escinden los rasgos que construyeron durante más de treinta años el plantel policial: ser argentino, saber leer y escribir y ser libre de antecedentes delictivos. Estas nociones parecen dar vuelta la página e indicar cambios claros de *abandonar sus rasgos criollos*, con las connotaciones que señalamos oportunamente y poner en marcha un proyecto de organizar una policía moderna.

Así, el registro visual de los agentes se modifica y entran en contraste con las viejas experiencias. Un agente de los años '20 era representado así:

“Este nombre perteneció a uno de los bravos agentes de la policía de hace 30 años. El cambio fundamental que se ha experimentado con el agente de hoy radica en varios factores, principalmente el de la estética. Aquel era criollo de baja talla, de gran temple, de instrucción apenas rudimentaria; el de ahora es el joven esbelto, simpático,

⁴³ Los cadetes construyeron la idea de un comienzo distinto para la policía y así fueron recordados y conmemorados institucionalmente en los años posteriores con reconocimientos y homenajes. Así en 1952 en ocasión de egresar la 45ª compañía se realiza una entrega de medallas recordatorias a los egresados de la primera compañía con un discurso de reconocimiento en presencia del presidente Juan D. Perón. En *Revista de la Mutualidad de la Policía Federal*, [Buenos Aires] N° 319, diciembre de 1952, 15

⁴⁴ Por ejemplo, el caso de la comisaría 33ª muestra cómo un cadete ingresado en 1907 logró en menos de cinco años ascender al puesto de auxiliar en comparación con su compañero ingresado diez años antes en 1897, como meritorio y con quien compartía la oficina, quien logró después de 12 años de servicio obtener el mismo puesto. *Sherlock Holmes* [Buenos Aires] 4 de marzo de 1913

con aire de aspirante a la escena cinematográfica, de sólida ilustración condicionada al cargo, pero ambos de la misma calidad: corazón a toda prueba para la dura labor”⁴⁵

El personal jerárquico de la policía constituye también una dimensión a considerar para pensar los hombres de la policía. El camino y recorridos para alcanzar los puestos de comisarios, subcomisarios o las jefaturas de las distintas divisiones podían ser bien diversos. Para el período que estamos mirando, no respondían a una lógica clara o visiblemente respetada que constituyera carreras o caminos de ascensos escalafonarios. Más bien, operó claramente una lógica política y de tejido de recomendaciones, vínculos sociales, difícil de reconstruir pero evidente en las referencias que vamos encontrando:

“la jefatura de policía ha sido considerada siempre un puesto de orden político, ajeno al escalafón de empleados, un cargo de significación y confianza, desvinculado en absoluto de los méritos y derechos que pudieran imponer su ocupación por un funcionario de la institución policial (...) Justa o injusta esa práctica ha sido siempre tradición inmovible todos los jefes de policía han sido ajenos a la institución.”⁴⁶

La agudización de los conflictos sociales hacia principios de siglo XX también puede ser clave explicativa del uso de estos puestos de suma importancia para la ejecución de cualquier medida; pero también ampliar los beneficios hacia quiénes pudieran concluir una carrera con una jubilación más tentadora y ofrecerla incluso entre pares militares que podían tener bloqueado su ascenso en la carrera castrense.

De todos modos, fueron diversos los recorridos, pero una importante cantidad de ellos muestra en sus fojas de servicios haber alcanzado por concurso los distintos estados hasta el cargo de comisario. Hombres con más de veinte años de servicio – muchos de ellos ingresados en la década del ochenta – contaban en algunos casos con actuaciones militares, pero eran mayoritariamente civiles. Si no pertenecía a los escasos casos de ascenso interno, la llegada directa a ese cargo obligaba a aprender lo necesario en cada seccional siendo su actividad básicamente política y no necesariamente técnica. El cargo de comisario era ocupado por hombres que tenían un fluido contacto con la jefatura – y muchas veces lazos de amistades políticas – fundando la práctica corriente de reuniones informales en el despacho de la jefatura, que con rondas de café y otros

⁴⁵ Amleto Donadio, *Noticioso policial. De telegrafista a Sub-jefe*, (Buenos Aires: Anaconda, 1943) 53.

⁴⁶ “El nuevo jefe de Policía con el Sr. Eloy Udabe”, *Sherlock Holmes* [Buenos Aires] 19 de noviembre de 1912

tragos se consolidó como costumbre que perduró y se afianzó durante el tiempo de Falcón.

El camino hacia la profesionalización

La formación del plantel policial de la policía porteña entre 1880 y 1910 evidencia un proceso de (muchas veces frágil) voluntad de instrucción. Sin embargo, entendemos que el proceso de profesionalización tenderá a consolidarse en el tiempo con la combinación de otros factores – y no meramente los instructivos - que aspiren a la conformación de una policía moderna y a cimentar las bases del *ser policial*. Por eso, el abanico de políticas internas tendientes a alfabetizar, formar escuelas de agentes o simplemente poner en circulación material de instrucción impreso son más bien las certidumbres de intentos por elevar el nivel cultural de esos hombres, de mejorar el servicio de calle y de corregir la formación de quienes llegaron a la policía de modo casi casual y del reconocimiento de las limitaciones de esa tropa. Los resultados de profesionalización de la reforma que impulsó Ramón Falcón no lograron disimular la persistencia de viejas realidades y las fisuras en la institución, pero el impulso y su publicitada implementación instaló el debate sobre la formación policial y cimentó la imagen canónica de este período como del propio Falcón.

La insistente tarea promotora de la alfabetización interna en la policía no hacía más que estar alineada con la casi excluyente participación del Estado en el proceso de escolarización que se dio a nivel nacional en todo el período. La policía, en tanto institución estatal, asumió en el mismo sentido una tarea instructiva y compensatoria sobre una población que no había pasado por ninguna instancia de escolarización previa, como podían ser los antiguos soldados, los hombres de provincia o el puñado de inmigrantes que sirvió en la policía. La promoción de este tipo de políticas internas se dio en un contexto más amplio de debate sobre el rol elemental del Estado moderno para el mejoramiento del nivel cultural y social de entre siglos, del que la ley 1420 de instrucción primaria fue su máspreciado instrumento. La policía no fue ajena a ese proceso y se permeó del clima instructivo.

A pocos meses de creada la Policía de la Capital en 1880 se elaboró un texto compilador de las instrucciones generales destinado a la base encargado por su primer jefe de policía, Máximo Paz. La idea fue que circularan entre el personal, para lo que se imprimieron unos 1500 ejemplares. Esta medida se complementó con reuniones

semanales en cada comisaría, en las que el personal superior ampliaba las instrucciones al personal subalterno de acuerdo a las nociones del *Manual para Sargentos, Cabos y Vigilantes*. Así, cada comisario se hacía cargo de impartir las instrucciones a su personal de calle e improvisar una especie de “escuela” con las nociones generales requeridas a cada uno. Estas instrucciones contenían obligaciones y prohibiciones, el procedimiento a dar con el público y con los delincuentes, así como lo primeros cuidados a ofrecer con los accidentados en la vía pública, el detalle de las contravenciones y una lista de preguntas y respuestas básicas que los agentes debían memorizar. También incluían las indicaciones para el toque de pito.

Meses después, y con el objetivo de formar el personal que “lo requiera más urgentemente” se ensayó el funcionamiento de una Escuela de Sargentos - proyecto que duró apenas un año - para el personal ya en ejercicio y se delegó en su director el diseño del programa, los horarios y condiciones de evaluación. La idea fue que funcionara no sólo como una instancia de instrucción elemental de los derechos y obligaciones de los agentes de policía sino como una instancia que permitiese observar y descartar a aquéllos que “por su incapacidad o poca aplicación resulte inútil para el servicio al que está destinado”.⁴⁷

A comienzos de 1887 se creó la Escuela Teórico-Práctica de Agentes, cuyos alumnos serían los nuevos vigilantes. El programa del curso, de apenas un mes de duración y dos horas diarias de clase, contenía nociones muy elementales sobre el funcionamiento de la institución, conocimiento de las jerarquías internas, número y jurisdicción de cada comisaría, el estudio del *Manual de Sargentos, Cabos y Vigilantes* y las disposiciones policiales y municipales, y concluía con un examen final eliminatorio. En el proyecto de instrucción se destacan especialmente nociones sobre “el vestido, aseo, porte y moralidad del agente en servicio o fuera de él”.⁴⁸ En apenas un año, esta medida se diluyó con la clausura de la escuela y la distribución de los alumnos en las diferentes comisarías, para continuar allí con la instrucción diaria hasta completar los objetivos del programa. De este modo, la instrucción volvió al llano. Recayó nuevamente en manos de los comisarios y fue impartida por el personal de guardia

⁴⁷ CEHP, *Orden del Día*, 6 de mayo de 1882. Se nombra director de la Escuela a Teodoro Reyes y se dispone limitar esta instrucción al personal de las Comisarías de Inspección.

⁴⁸ CEHP, *Orden del Día*, 15 de enero de 1887. Se detalla en sucesivas órdenes del día la nómina de alumnos examinados y aprobados pidiendo el ascenso a sargento 2º a quienes obtuvieran altas calificaciones (CEHP, *Orden del Día*, 5 de marzo de 1887).

disponible al momento de dictarse la clase, e incluyó la instrucción a los oficiales inspectores, escribientes y meritorios, práctica que fue desapareciendo en el tiempo.

De los frecuentes encuentros de camaradería del personal superior – y como complemento a esta medida – se reflató una vieja idea de reeditar la *Revista de Policía* como texto para la enseñanza policial y complemento a la formación recibida en las comisarías.⁴⁹ Así se editó entre 1888 y 1889 una nueva serie de la *Revista de la Policía de la Capital*, edición que reconoció un perfil oficial proponiendo un (incierto) objetivo instructivo: suplir a través de sus páginas la escuela de agentes e imponer la suscripción obligatoria para todos los agentes de policía. En sus páginas se desplegaron temas relacionados con la instrucción para el uso de armas, el relato de pesquisas y crímenes famosos, normas para interrogatorios, nociones sobre el sistema antropométrico, entre otros.⁵⁰ También se utilizó como un espacio válido para la expresión de problemas internos como la conveniencia del uso de medallas distintivas en los agentes no uniformados, norma muchas veces resistida y no cumplida, aspecto de evidente conflicto para la institución que fomentó la implementación de estrategias que intensificaran los lazos de pertenencia e identidad, para los que esta publicación cumplió una función importante.

En 1899 se reeditó el *Manual de Instrucción policial para Sargentos, Cabos y Vigilantes*, de Antonio Ballvé. Con una tirada de cuatro mil ejemplares, se distribuyó entre el personal por contener los arreglos al examen de competencia de la Policía de la Capital que serían exigidos de acuerdo a las disposiciones del manual.⁵¹

La inventiva pedagógica llegó hasta la creación de un museo. En 1898 se organizó una sala para alojar una colección de objetos representativos de la materialidad delictiva: armas, llaves falsas y ganzúas, herramientas, billetes falsos y demás objetos

⁴⁹ Actas de las reuniones de empleados superiores de la Policía, en *Memoria del Departamento de Policía de la Capital, 1888-1889*, Imprenta y Encuadernación de la Policía de la Capital, 1889, pp. 253-258.

⁵⁰ Sobre la *Revista de Policía*, véase: Viviana Barry “Lecturas de policías. La Revista de Policía de la ciudad de Buenos Aires”, *Dossier “La prensa como fuente privilegiada en los estudios históricos”* Juan Suriano (compilador) Papeles de Trabajo N° 3 – IDAES – UNSAM http://www.idaes.edu.ar/papelesdetrabajo/paginas/n_anteriores/articulos03.html

⁵¹ Antonio Ballvé, *Manual de Instrucción policial para Sargentos, Cabos y Vigilantes*, Buenos Aires, Edición de La Revista de Policía, 1899. En ese año se reglamentó el sistema de ascensos por lo que la edición del manual fue pensada como la bibliografía básica para los exámenes de competencia. Notamos que la distribución de material impreso se convirtió en una herramienta más para la difusión de instrucciones, por ejemplo folletos como *La Ambulancia* que contenía nociones elementales de primeros auxilios que podía brindar el personal policial en la calle o el texto traducido del francés *Causas criminales y mundanas* distribuido en cuadernillos semanales entre el personal superior - si bien no era un material instructivo - se distribuía como ilustrativo de casos célebres en los que participó la policía de París.

de valor para el conocimiento policial.⁵² La Comisaría de Investigaciones se encargó de la exhibición de esta colección cuya función era mostrar los instrumentos del mundo del delito para facilitar la tarea y familiarizar a los agentes con objetos de corriente circulación por la ciudad y el mundo lunfardo.

Uno de los puntos más críticos fue el elevado índice de analfabetismo, rasgo constante del personal subalterno de la policía de finales de siglo, como hemos visto. La carencia de nociones de lectura y escritura vulneraba al personal policial en su tarea en la calle, y lo alejaba del proceso de alfabetización más general por el que atravesaba la sociedad. Si observamos los datos sobre el nivel de alfabetización en la Capital en el período revelan que no son desmesuradas las exigencias de instrucción para el personal de la policía. Las cifras indican que para 1895 el 70 % de la población mayor de 14 años de la capital estaba alfabetizada contra un 46% para el conjunto del país, aumentando para 1914 a un 78% para Capital y un 64% para el total del país.⁵³ Es decir, en una ciudad con ese elevado índice de instrucción, la policía representaba una porción de la población con rasgos culturales diferentes y disonantes de un contexto social más amplio que mostraba los efectos positivos de la acelerada instrucción del período. Características que, como se dijo, provocaban la mofa popular de los vigilantes e incluían expresiones de desprecio étnico (referencias al color de piel, la talla y la procedencia).

Así se intentaron (tibios) esfuerzos para contrarrestar el atraso formativo. En 1892 y 1899 se crearon dentro de la policía escuelas de primeras letras para el personal analfabeto. En marzo 1892 se fundó la Escuela de Instrucción Primaria para cabos, agentes y vigilantes, que propuso dictar cursos de dos horas diarias de asistencia voluntaria. Simultáneamente se dispuso bloquear el ascenso del personal analfabeto, medidas que en la urgencia cotidiana por cubrir vacantes tenían un limitadísimo alcance.⁵⁴ En 1899 y frente al panorama similar de persistente analfabetismo se dispuso la creación de una Escuela de Primeras Letras, esta vez de asistencia obligatoria para los agentes del departamento, Escuadrón de Seguridad y de trece de las veintiocho secciones policiales. Las noticias de que los policías analfabetos recurrían en muchos

⁵² CEHP, *Orden del día*, 24 de abril de 1899. La falta de espacio provocó la dispersión de la preciada colección entre distintas dependencias. Recién en 1932 se retomará la idea del Museo Policial y la centralización de todo el material. Rodríguez, Adolfo Rodríguez, *Historia de la Policía Federal Argentina*, (Buenos Aires, Editorial Policial, 1975) T. 6, p. 215.

⁵³ Datos tomados de Hernán Otero, *Estadística y Nación. Una historia conceptual del pensamiento censal de la Argentina moderna 1869-1914*, (Buenos Aires, Prometeo) 161 y 63 (cuadros 6 y 7).

⁵⁴ CEHP, *Orden del día*, 21 de marzo de 1892.

casos al auxilio de transeúntes o vecinos para tomar las notas que les exigía su servicio de vigilancia “iba a contramano de una ciudad que progresaba cultural y socialmente”, justifica la resolución.⁵⁵ De allí, no sólo la obligatoriedad de concurrir diariamente a clase sino la sanción con un día de arresto a quienes faltasen injustificadamente. Se estimuló con un sistema de premios en dinero y cuadro de honor a los mejores calificados y se sugirió al resto de las comisarías que no estaban comprendidas en esta medida (pues sólo alcanzaba a un puñado de cuatro comisarías céntricas) incitara al personal a concurrir a las escuelas parroquiales nocturnas. También se recomendó a los comisarios evitar cubrir los cargos vacantes con candidatos que no supieran leer y escribir.

La instrucción elemental que se propuso con estas experiencias de escuelas de instrucción primaria o de primeras letras insistieron en la promoción de políticas de alfabetización internas en contexto con la extendida red de participación del Estado en la escolarización y alfabetización. Los antecedentes al dictado de la Ley 1420 de 1884 de instrucción primaria obligatoria y gratuita se encuentran en el Congreso Pedagógico celebrado años antes y su informe final (que tendrá fuerte impacto en los contenidos de esa ley) contempló “la enseñanza en los distritos rurales y la educación de adultos en cuarteles, fábricas, establecimientos agropecuarios”.⁵⁶ Permeada por estos criterios, la cúpula policial intentó asumir un rol reparatorio sobre aquella población que no había sido alcanzada por el proceso de escolarización (soldados que habían cumplido en su juventud años de servicio en el Ejército, hombres de provincia donde la escolarización fue más lenta y hasta incluso inmigrantes) y que el destino policial parecía marginar aún más.⁵⁷

Pero como hemos visto, en la policía del período había evidentes diferencias entre sus hombres y la convivencia de distintos perfiles. Así, por ejemplo la Comisaría de Investigaciones contó con una forma de reclutamiento e instrucción independiente, que diferenció su personal del más vasto servicio de calle. En 1904 se creó una Escuela de Aspirantes a Agentes de la Comisaría de Investigaciones, para lo que se establecieron condiciones particulares de ingreso: ser argentino o naturalizado con cinco años de

⁵⁵ CEHP, *Orden del Día*, 20 de enero de 1899.

⁵⁶ Texto del Congreso Pedagógico de 1882, capítulo 1 “Sobre la difusión de la enseñanza primaria”, inciso B, en *Debate parlamentario sobre la Ley 1420*, (Buenos Aires, Editorial Raigal, 1956) p. XV.

⁵⁷ En marzo de 1915 el Jefe de Policía envía una carta al Presidente del Consejo Nacional de Educación en la que pide autorización para abrir una escuela de primeras letras tal como lo prescribe la Ley 1420 en su artículo 11 destinada a los agentes analfabetos de la Guardia de Seguridad de Caballería. De un total de 451 alumnos evaluados, surgió que 150 no leían ni escribían y el resto poseía conocimientos rudimentarios. En *Revista de Policía*, 1º de abril de 1915.

residencia en el país, tener entre veinte y treinta años, saber leer y escribir y contar con buenos antecedentes. La condición de alfabetizado apareció como claro límite diferenciador del reclutamiento general y afectó a un personal más capacitado para la elaboración de archivos e informes propios. El programa de instrucción se basó en nociones generales como la definición y objeto de la policía, obligaciones de los agentes y otras más específicas relacionadas con investigación: sistemas y modos de consumir delitos contra la propiedad, formas de vigilar y de seguir al sospechoso de acuerdo a la investigación, nombres, apodos y fotografías de ladrones conocidos, procedimiento del personal de investigaciones, al que se sumará en 1901 la práctica de elaborar prontuarios de antecedentes y en 1905 las fichas dactiloscópicas.⁵⁸

La selección de candidatos quedaba en manos del Jefe de Investigaciones de acuerdo al rendimiento de los postulantes para la escuela de aspirantes, escuela que contó con prestigio en la prensa y funcionó como modelo en el proyecto de Escuela de Agentes que se ideará en 1907 en el marco de la reforma impulsada por Falcón.

Al asumir como Jefe de Policía de la Capital en 1906, Ramón Falcón expresó su clara intención de impulsar un proyecto de organización de una camada de cadetes distinguidos y con buena reputación, que aspirara a realizar una carrera policial. Pensado también como estímulo a los ascensos, que hiciera de ella una verdadera profesión y elevara el nivel moral del personal subalterno.⁵⁹ Estas ideas se condensaron en la llamada Compañía de Cadetes que se puso en vigencia el 17 de noviembre 1906. Los fundamentos de su creación enfatizaban “que con los fines enunciados debe facilitarse el ingreso al cuerpo de vigilantes de personas que por ecuación e instrucción, por su moral, su condición social y su intelectualidad puedan legítimamente aspirar a ascensos sucesivos para hacer la carrera del empleado policial, iniciándola desde los puestos subalternos y formándose en la escuela las prácticas de servicio”.⁶⁰

El proyecto de la compañía de cadetes estaba enmarcado en la reforma mayor de modernización de recursos de comunicación y armamento, la actualización de la reglamentación para ascensos (modificando la existente desde 1898) precisando las condiciones para acceder a cargos superiores, las mejoras edilicias y salariales, la

⁵⁸ CEHP, *Orden del día*, 12 de octubre de 1904. Para ampliar sobre esto ver Mercedes García Ferrari, *Ladrones conocidos / Sospechosos reservados. Identificación policial en Buenos Aires, 1880-1905*. (Buenos Aires, Prometeo, 2010).

⁵⁹ *Revista de Policía*, 15 de octubre de 1906.

⁶⁰ CEHP, *Orden del día*, 17 de noviembre de 1906.

extensión de la protección social del policía y su núcleo familiar, hasta la minuciosa reglamentación de los uniformes.

La creación de una escuela de agentes se fundamentaba en los datos que venían de la realidad policial y la situación del personal policial y las limitaciones que presentaba de cara al futuro. En un informe elevado al Ministro del Interior en 1907, mostraba una repartición compuesta por dos tercios de antiguos soldados del Ejército de línea, aquellos que – como analizamos páginas atrás- finalizadas sus obligaciones militares se incorporaron a la policía en busca de una ocupación “acorde con sus aptitudes” y una jubilación. Los cambios en la cultura y educación del pueblo, remarcaba ese informe, exigían una policía en otro nivel remarcando la importancia de prescindir en el reclutamiento del personal analfabeto, por estar más que probado que “un individuo de esas características no responde a las tareas delicadas que incumben a la autoridad” (de hecho, autorizó a pocos meses de asumir que los agentes que no supieran leer y escribir tomaran clases nocturnas con los sacerdotes salesianos de la escuela Don Bosco).

Los rasgos del plantel policial de inicios del siglo aparecen sin variación a casi tres décadas de creada la Policía de la Capital, y marcan la persistencia de los problemas centrales del reclutamiento y la profesionalización. Eran recurrentes las ironías sobre la facilidad para el ingreso en la policía y los débiles mecanismos puestos en marcha que rápidamente hacían del postulante un agente. A mediados de 1912 la revista *Sherlock Holmes* parodiaba sobre “Cómo ‘se hace’ un agente de policía” describiendo las “instancias de angustia y congoja” por las que debía pasar el candidato hasta convertirse en flamante servidor público. Desde la confesión inicial del novel postulante: “yo quiero ingresar a la institución”, se iniciaba un paseo por distintas instancias administrativas (Oficina de Investigaciones, examen médico y Oficina Dactiloscópica) hasta conseguir en pocas horas su puesto y ser asignado a un destino, desconociendo y sin sospecha el buen pueblo “todo lo que ha costado el modesto derecho de ser y parecer agente de policía”.⁶¹

Para revertir esos rasgos, se impulsó la formación de los cadetes con enseñanza teórica organizada en base a procedimientos policiales, nociones de derecho penal, contravenciones y el estudio de los reglamentos vigentes sin embargo el fuerte de la formación pasaba por la instrucción militar. La rutina diaria se desarrollaba en el

⁶¹ *Sherlock Holmes* [Buenos Aires], 13 de agosto de 1912.

Regimiento de Caballería en el cuartel del Maldonado de Palermo, donde se los iniciaba en las prácticas de tiro con fusiles máuser y sables bayonetas. La entrega de diez mil cartuchos de fogeo para la práctica desató la polémica sobre el carácter militar de la instrucción en detrimento de su función civil y se reclamó “devolver a los cuerpos de línea los libros de táctica y los tratados de estrategia y formar una conciencia policial y no militar, insistiendo en que la policía era una institución enteramente civil”.⁶² La prensa de la época se hizo eco de estas quejas: “no somos partidarios de la militarización de la policía de seguridad y siguiendo el tren en que va el actual jefe se llegará a hacer de cada comisaría un cuartel y del guardián del orden público un soldado con máuser al hombro”.⁶³

Detectamos también como parte de estos primeros pasos de la nueva instrucción la emergencia de las nociones de género y masculinidad el proceso de profesionalización.⁶⁴ Del análisis de los contenidos para la formación física y militar se desprende la valoración del cuerpo y sus potenciales masculinos como objetivos de los programas de las compañías de cadetes y confirman una interpretación en ese sentido al tiempo que abren un sugerente campo de exploración para la definición del *ser policial*. La conversión de un cuerpo civil en un cuerpo policial trasciende la idea de profesionalización y marca un abismo con la construcción de otras profesiones. Los convierte y transforma en una especie de pasaje de estado (hacia un *estado policial*), anclado en la centralidad del cuerpo, en la fuerza, en el sufrimiento de las prácticas y entrenamientos.⁶⁵ El entrenamiento en las compañías comenzaba con un conjunto de exigencias físicas, ejercicios y las largas horas de práctica militar que despertaron las quejas de los propios cadetes quienes plantearon en varias oportunidades su disconformidad por el exceso de instrucción y ejercicios militares. Reclamamos que no tuvieron eco y que fueron respondidos con sanciones que los excluía del cuerpo,

⁶² A. Rodríguez, “El Coronel Falcón y la militarización de la policía”, *Mundo Policial*, Año 6, N° 33.

⁶³ *La Prensa*, 19 de abril de 1907.

⁶⁴ Algunas nociones al respecto pueden verse en Mariana Sirimarco, “Marcas de género, cuerpos de poder. Discursos de producción de masculinidad en la conformación del sujeto policial”. *Cuadernos de Antropología Social* N° 20, FFyL, UBA, 2004, pp.61-78 <http://www.filo.uba.ar/contenidos/investigacion/institutos/antropo/Home/Antrop-Social/publicaciones2.pdf>. Puede consultarse también Cláudia Mauch, “Masculinidade e violencia na construção da autoridade de policiais no início do século XX no sul do Brasil”, en: Bohoslavsky, Ernesto; Caimari, Lila; Schettini, Cristiana (comps.): *La policía en perspectiva histórica: Argentina y Brasil (del siglo XIX a la actualidad)*, CD-ROM, 2009.

⁶⁵ Agradezco estas reflexiones a Sofía Tiscornia en ocasión de discutir los problemas en torno de la profesionalización policial en las Jornadas de Sociología celebradas en la ciudad de La Plata en diciembre de 2008.

evidencias también de algo nuevo.⁶⁶ La transformación operaba sobre un conjunto de hombres cuyo requisito vital era la exaltación de los rasgos de virilidad, la resistencia física y la tolerancia de las prácticas militares como la eliminación de quienes no sólo no lo cumplieran sino que mostraran resistencia a hacerlo. Las compañías de cadetes, como la Escuela de Agentes lo será después, fueron liminares en el proceso de construcción del sujeto policial. Allí aparecen por primera vez nociones centrales de instrucción policial, del uso del cuerpo, de la fuerza física y masculinidad para la conversión en policías.⁶⁷

Las condiciones exigidas a los cadetes eran las de ser argentino, tener entre veinte y treinta años de edad y haber cumplido con el servicio militar (obligatorio desde 1901). Las características físicas que se establecieron fueron tener una estatura mayor al metro sesenta, buena salud y buena conformación física.

El sociólogo español, Diego Torrente Robles, ahondó en estos aspectos en un estudio sobre la policía catalana, marcando de qué modo en el reclutamiento policial los requisitos de juventud y fuerza funcionan como valores apreciados y mitos internos sin correlación con su efectivo desempeño. Es más: advierte cómo operan internamente la asignación de tareas y las diferencias dadas entre un policía que puede ejercer una función en el cuerpo de caballería y quien ofrece la vigilancia en un edificio público o en una escuela.⁶⁸ Para el caso de la policía porteña, esto es evidente en la Fuerza de Caballería, división que concentró las intervenciones de mayor represión. Así la fuerza policial contó con un área especial como para sus acciones en la calle con la formación de un cuerpo especialmente entrenado y de gran potencial represivo que actuó en manifestaciones, en huelgas y en todo tumulto sospechoso de desencadenar un conflicto. La Fuerza de Caballería de la División de Seguridad creada en 1893 fue organizada como la guardia para prestar servicios especiales dentro de la policía y tenía a su cargo el servicio externo de vigilancia de los teatros, los corsos, las reuniones, *meetings*, fiestas y ceremonias oficiales, las manifestaciones y bailes públicos y en general toda aquella aglomeración de multitudes que hiciera difícil el desempeño de las funciones de los agentes de infantería. En esos años, en los hechos, se constituyó como la fuerza represiva en el conflicto obrero, fundamentalmente orientó sus funciones y

⁶⁶ *La Prensa*, 23 y 27 de enero de 1907.

⁶⁷ Sobre el proceso de incorporación a la policía en la actualidad y el lugar de las Escuelas de ingreso a la carrera policial como modeladoras del sujeto policial: Mariana Sirimarco: *De civil a policía. Una etnografía del proceso de incorporación a la institución policial*, (Buenos Aires, Teseo, 2009).

⁶⁸ Diego Torrente Robles, *La sociedad policial. Poder, trabajo y cultura en una organización local de Policía*, (Barcelona, Ediciones Universitat 1997) 55.

participó activamente en la represión política de la primera década del siglo XX, algo así como una “fuerza de choque”. Y sus hombres tempranamente recibieron un entrenamiento diferencial del de los agentes.⁶⁹

Si atendemos los requisitos señalados para las compañías nos encontramos con rasgos físicos no muy difíciles de poseer. La altura exigida es más bien mediana y responde al tipo de contextura física criolla, población que alimentó básicamente la tropa policial. La buena conformación física alude a ausencia de discapacidades pero no a la de alguna especialmente pretendida; además, merecer un “elevado concepto” social plantea una laxitud en este requisito abierto a candidatos con un pasado asociado al delito. En relación a los antecedentes penales se establecía la condición de no haber tenido condena o un sobreseimiento provisorio por algún delito cometido como no contar con reincidencia en delitos menos graves. Pero no señala no haberlos cometido.

Reflexionemos un momento sobre esto. El débil acento puesto en los requisitos de ingreso a la policía pareciera indicar no sólo la idea de ampliar la base de candidatos o no condicionar el ingreso a una población difícil de seducir. Más bien, lo entendemos como una fuerte creencia de transformación, para lo que la compañía funcionaría como espacio de modelación de sujetos, rito de pasaje hacia otro estado. Los elementos de instrucción militar, las nociones de orden y disciplina, los castigos impartidos operarán un cambio sobre esos cadetes y sobre sus cuerpos, apuesta a un proceso de conversión de aquellos jóvenes aspirantes que serán formados de acuerdo a los objetivos policiales. Es más, esta camada inicial, los “cadetes de Falcón”, permanecerán *cadetes* el resto de su carrera. Se instaló como una marca originaria, como un comienzo que los identificó y les otorgó sentido a su lugar en la policía. Con una simple recorrida por el personal de comisarías para inicios de la década de 1910 se hace evidente la exaltación de la condición de cadetes de los que ingresaron por esa vía, como línea diferenciadora del resto del plantel.

Si bien no eran nuevos los antecedentes de militarización en la policía porteña, no sólo por la extensa nómina de militares en su conducción desde 1880 en adelante y el gran componente de ex soldados en el plantel, sino también por experiencias de entrenamiento y prácticas militares, hacia inicios del siglo tiene otro sentido, y es

⁶⁹ Para ampliar sobre las funciones de esta división puede consultarse Viviana Barry “La fuerza en la calle. La formación de la Guardia de Seguridad de la policía de la ciudad de Buenos Aires”, *Jornadas “Policía, justicia y sociedad en la Argentina moderna”*, septiembre de 2012, Universidad de San Andrés, Buenos Aires.

claramente asimilable a la represión de conflictos políticos.⁷⁰ Los rasgos represivos de esa policía (con foco esencial sobre el anarquismo) fueron los datos evidentes que tomó cierta historiografía para analizar la policía y considerar su materialización histórica para los que la militarización era la respuesta institucional a ese problema político.⁷¹ Pero también podemos pensar que la disciplina militar, el ritmo de cuartel asociado a la formación de los cadetes daba respuesta a problemas internos de la policía, como el manejar un cuerpo de gran desorden y alta movilidad que hacía muy difícil disciplinar e impartir normas (de alguna forma, aquellos egresados militares que formaban en la policía remitían a la lejana experiencia del colegio militar como inspirador de organización interna).⁷² La relación entre formación militar y formación policial, la influencia de destacados militares en la construcción de la policía y su impacto en la formación de la fuerza policial para la ciudad capital es un aspecto que consideramos fundamental. Aquí simplemente queremos hacer referencia a la injerencia del modelo formativo militar, a la influencia del prestigio de la experiencia de profesionalización militar en los ideales de construcción de la carrera policial. La vida como cadete del jefe de policía en los primeros años de existencia del Colegio Militar, la disciplina así como el rigor en la formación seguramente fueron aspectos que entraron en juego al momento de delinear los programas de las Compañías de Cadetes, tanto como confiar a sus pares militares parte sustancial de dicha instrucción (recordemos que las prolongadas horas de entrenamiento físico se daban en el cuartel de Palermo bajo la dirección de un Teniente del Ejército). En ocasión de asumir Falcón la jefatura, la *Revista de Policía* lo destacó “como símbolo del tipo nuevo de militar argentino” como dato obvio de buen antecedente para conducir la policía.⁷³ La relación entre formación policial y formación militar, la militarización de la policía, también puede ser pensada como estrategia de disciplina y respeto a las nociones de jerarquía de gran funcionalidad para una policía

⁷⁰ Para ampliar véase Máximo Sozzo, “Policía, violencia, democracia. Nota genealógica” en Máximo Sozzo (dir.), *Policía, violencia, democracia. Ensayos sociológicos*, (Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2005) 185 y ss.

⁷¹ Hago referencia a textos como el de Laura Kalmanowiecki, *Military Power and Policing in Argentina 1900-1955*, Tesis Doctoral. Faculty of Political and Social Science of the New School of Social Research, 1995 y de la misma autora “Soldados, ou Missionários Domésticos? Ideologias e Autoconcepções da Polícia Argentina”, *Estudos Históricos*, Rio de Janeiro, 1998, vol. 12, n. 22

⁷² Miguel Denovi, director de la Escuela de Agentes en una nota en defensa de su presupuesto decía: “La evolución producida en nuestro Ejército Nacional con la creación del Colegio Militar por el presidente Sarmiento, está a la vista de todo el mundo, y esa misma evolución debe operarse en la policía con la acción eficiente de la Escuela, completada con la reglamentación de la carrera, con el ascenso por elección y antigüedad” (“La escuela de cadetes de Policía” en Hernán Silva (comp) *La obra institucional y literaria de Miguel Denovi*, (Buenos Aires, Maucci hnos. , 1920) 76

⁷³ *Revista de Policía*, 16 de septiembre de 1906.

con tradición de desorden, de conformación caótica de su plantel y de escaso respeto a la institucionalidad de sus funciones.

Pese a los esfuerzos por mostrar la experiencia como exitosa, el cuerpo de cadetes recibió diversas críticas una vez visibles en la calle, principalmente desde la prensa que veía que a pesar de su formación nada habían contribuido a modificar el deficiente servicio de calle y que deberían utilizarse para “una provechosa aplicación del cuerpo de cadetes que ha formado cuya existencia va resultando dispendiosa y poco productiva para el alcance más alto de los fines sociales (...) el *máximum* de acción preventiva para aplicar el *minimun* de la acción represiva”.⁷⁴ Se insistió con que “hay 150 cadetes que no aportan ningún beneficio, responsabilidad del jefe de policía que los tiene asignados a servicios inútiles (...) Los tiene paseando en parejas con las manos en los bolsillos por el centro, cuando no es en el centro donde se necesitan las parejas o rondín sino en los barrios suburbanos”.⁷⁵

La revista *Caras y Caretas* también cargó contra ellos irónicamente: “El coronel Falcón para no romper con la costumbre general ha ideado lo siguiente: toma un muchacho, lo viste con unos pantalones de “fúnebre” y una casaca corta de vista le culmina con una gorra de chauffair o soldado japonés y le da como propina un cuchillo de postre para el cinto: ¡y ya tenemos un cadete de policía!”.⁷⁶

Sin embargo, la institución celebró los egresos con novedosos actos de festejo de final de curso, algo así como una fiesta de graduación a la que asistieron autoridades y público en general, en los que no faltaron las pruebas de gimnasia y destreza física de los cadetes. En los discursos propios de estas celebraciones se reforzó la idea de pertenecer a un grupo con claros objetivos de acción y sobre la dignidad de formar parte de la policía.⁷⁷

La experiencia de las compañías de cadetes estimuló un proyecto de ley, de muy corta existencia, para la creación de la Escuela de Vigilantes, con rasgos similares a las compañías pero con el sugerente agregado de la eximición del servicio militar para sus cadetes. El proyecto de ley fue elevado en septiembre de 1908 por el diputado Felipe Guasch Leguizamón y contemplaba la propuesta del Jefe de Policía, quien en defensa del proyecto en relación a la excepción del servicio militar señalaba: “el servicio militar

⁷⁴ *La Prensa*, 8 de mayo de 1907.

⁷⁵ *La Prensa*, 9 de julio de 1907.

⁷⁶ Revista *Caras y Caretas*, 23 de junio de 1907.

⁷⁷ Detalle de la fiesta en *Revista de Policía* 16 de octubre de 1909.

tiene por objeto preparar al ciudadano para la defensa de la patria, cosa que hará también la escuela de vigilantes, sin alterar la índole civil del agente”.⁷⁸

El anhelo mayor del proyecto era sin embargo, construir un sentimiento de identidad con el paso por la escuela, que lograra la permanencia de ese hombre, y

“(…) se encuentre el agente cumplidor estimulado por el premio establecido a la constancia, el aprecio de sus superiores y el vínculo que naturalmente une a todo el personal de la institución (…) en esta situación es fácil suponer que le ha de ser doloroso abandonar la policía y optará por continuar aun cuando fuera de ella encontrase mayores facilidades de vida (…) verá también que con el estudio y buen comportamiento podrá escalar los primeros puestos de la Repartición y por último, asegurado su bienestar con el premio que a la constancia acuerda el Gobierno Nacional a los que declara jubilados”.⁷⁹

Es evidente el doble beneficio: la carrera policial y su profesionalización y la integración a una comunidad de pares, de identidades que cimientan la *familia policial*, esta última como real estrategia de lograr la permanencia en la fuerza y debilitar los motivos de abandono. Es decir, la reforma parece buscar objetivos mayores que mejorar la instrucción. Ahora, lo que se piensa es en la construcción de una efectiva carrera, que no sólo instruya en los saberes elementales que debe poseer la policía sino que los nucleee en tanto grupo de pares. Será también el paso por la instancia instructiva la experiencia vital para la construcción de lazos identitarios y de pertenencia.

Alain Rouquié observa para el caso del Colegio Militar el impacto de la formación castrense sobre individuos apenas adolescentes como constitución de una experiencia profunda y duradera “sobre todo porque esa instrucción se dispensa en la mayoría de los casos a jóvenes que no han adquirido los fundamentos de la enseñanza general (…) esto permite una fuerte interiorización de los valores y de los modelos de conducta propuestos y asegura también el éxito total de la socialización particularista”.⁸⁰ La escuela de cadetes pretendía funcionar de modo similar generando una experiencia de vida de pares, de grupo y formación de una sociedad particular en beneficio de la consolidación del *ser policial*.

⁷⁸ Reproducción del proyecto de ley del diputado Felipe Guasch Leguizamón para la creación de la Escuela de Vigilantes, en *Revista de Policía*, 1º de septiembre de 1908. El autor del proyecto fue secretario del Consejo Nacional de Educación (1904-1908) hasta asumir como diputado y autor de diferentes artículos relacionados con la instrucción primaria en la primera década del siglo XX.

⁷⁹ *Memoria Falcón 1906-1909*, pp.136-139.

⁸⁰ Rouquié Alain, *Poder militar, op.cit.*, p. 90.

Pero también, desde la perspectiva de cumplir una instrucción. Así, la propuesta de Falcón no eludía el espíritu de su época, que consideraba la falta de formación tanto la fuente de los males de larga data como su materialización, la clave de un progreso indefinido. La formación de los cadetes de policía, está asociada también a la idea de una mejora social, que en este caso es particularizada sobre un conjunto claramente definido de “aspirantes de policía”.

Se destacó que en apenas seis meses transcurridos desde la puesta en funcionamiento de la Compañía de Cadetes fueron “finalizados satisfactoriamente los cursos de instrucción y preparación policial [y] los cadetes o agentes distinguidos se encuentran aptos para desempeñar los servicios ordinarios y generales de vigilancia”.⁸¹ Justamente la difusión de sus resultados, la individualización dentro de la institución aparejaba tantos beneficios como su misma presencia para los objetivos de ampliar la visibilidad de los policías y sus acciones.

La formación de cadetes alcanzó inclusive cierta popularidad. Conocidos como “falconetes” ó “batalloncito de cadetes” recibió críticas y elogios y se habría ganado en su honor la letra de un tango con el nombre “*Yunta Brava*” en alusión al modo con el que también se los identificaba.⁸² Además, dentro de la institución permanecieron como grupo diferenciado, contaban con un origen e instrucción diferentes y eran mostrados por la jefatura como la promesa: “el semillero policial”. Los cadetes fueron noticia en las revistas de interés general en las que se publicaban detalles de su instrucción o fotos grupales de paseos públicos.⁸³

En un relevamiento que realizó la revista *Sherlock Holmes* por las comisarías porteñas, es evidente la distinción con la que cuentan quienes fueron cadetes con el resto del personal.⁸⁴ La procedencia de una experiencia de instrucción diferente los agrupa particularmente y marca cierta jerarquía con el resto, situación que se confirma con la constatación de que son aquellos cadetes lo que realizan una carrera diferente. Todos los que fueron identificados con esa categoría realizaron exámenes de

⁸¹ CEHP, *Orden del Día*, 24 de mayo de 1907.

⁸² Es Adolfo Rodríguez quien hace referencia al tango *Yunta Brava* de autoría del poeta Angel Villorio. Identificamos la letra del tango, que según bibliografía especializada fue escrita en referencia a los cadetes que andaban en el servicio de vigilancia por parejas “Aquí está la yunta brava de los bailongos de medio pelo...”.

⁸³ *Caras y Caretas* “Los cadetes policiales”, 12 de enero de 1907 (con fotos y detalles de su instrucción física y militar) y “Paseos al Tigre. El paseo de los cadetes” 30 de noviembre de 1907 que describe y fotografía un paseo y pic-nic en el Tigre.

⁸⁴ *Sherlock Holmes* [Buenos Aires], agosto 1912-julio 1913.

competencia para ascender a otros cargos, todos aprobados o a la espera de ser promovidos. En escasos meses se dio el movimiento escalafonario y la constatación de la internalización de la noción de carrera en contraste con otros que con orígenes diferentes permanecían por largos períodos sin movilidad (quizás sin pretenderla) en sus cargos. En el largo plazo, esos cadetes fueron construyendo un recorrido diferente al del resto y con percepciones bien disímiles de lo que era la carrera policial aunque continuaran cargando con la marca de origen de ser “cadetes de Falcón”.

A comienzo de 1910, se reanudó más orgánicamente la formación y cursos de lo que se llamó Escuela de Cadetes y Agentes (que en 1913 pasaría a llamarse Escuela de Policía) con modificaciones en programas y condiciones de ingreso y retomándose la vieja idea de formar una escuela de policía. Sin embargo, en esa experiencia posterior se reforzó la idea del carácter civil de la formación policial pues el requisito de tener cumplidas las obligaciones militares marcaban una diferencia nada sutil con el proyecto original, que implicaba que la instrucción policial podía equivaler a la del servicio militar. Además, se elevaron las condiciones de instrucción previa y la exigencia de los programas confirman la necesidad de ese requisito con la extensión del curso a dos años de duración y modificaciones en los programas e inclusión de nuevas materias.⁸⁵ Al igual que la Compañía de Cadetes, los alumnos tenían categoría de vigilantes y mismo sueldo, aunque una parte era descontada para los costos de la instrucción como el pago de profesores, ropa, alimento y otros gastos.⁸⁶ Los programas desarrollados durante la instrucción muestran un abanico mayor de materias y conocimientos y una currícula con contenidos más ligados al espacio nacional que urbano. Los temas desarrollados en el programa de historia argentina se extienden desde el descubrimiento de América hasta la declaración de Independencia de 1816. Los programas eran: Instrucción Policial, Instrucción Cívica, Idioma Nacional, Caligrafía, Historia Argentina, Geografía Físico Económica de la Argentina, Primeros Auxilios Médicos y francés.⁸⁷ Del análisis del reglamento se desprenden las normas a las que fueron sometidos los cadetes: orden, higiene, horarios, castigos y las reglas de internación durante el período de instrucción sostienen una muy cercana disciplina militar pese a la mayor presencia de la instrucción

⁸⁵ Se redujo la edad de los aspirantes, se estableció no contar con antecedentes penales y se incluyó el requisito de tener cumplidos el primer año de estudios secundarios y el servicio militar. Parte de los candidatos para la escuela fueron reclutados en el interior. Ramón Cortés Conde, *Historia de la policía de la ciudad de Buenos Aires. Su desenvolvimiento. Organización actual y distribución de sus servicios*. Tomo II, (Buenos Aires, Ex Libris, Biblioteca Policial, 1936) 252; *Revista de Policía*, 1º de febrero de 1910.

⁸⁶ CEHP, *Orden del Día*, 15 de abril de 1911.

⁸⁷ *Escuela de Cadetes. Programas*, Imprenta y Encuadernación de la Policía, Bs.As., 1911

teórica y nociones más extendidas de conocimiento.⁸⁸ Se mantuvieron iguales prácticas físicas y ejercicios militares que las compañías anteriores, que “parecían ser de la mejor tropa de línea”.⁸⁹

Es imposible reconstruir las vivencias de esos cadetes ni hemos hallado una memoria o testimonio directo de esa experiencia. Sin embargo, el contenido del reglamento ofrece datos esenciales para pensar en la noción de ruptura y transformación que operó la escuela policial en los sujetos que ingresaban. La normativa interna se extendía hacia pautas de comportamiento y limitaciones de la actividad en la vida civil individual y grupal, por ejemplo con prevenciones sobre la conducta en los días de franco fuera de la escuela. La internación de los cadetes y la organización de esa convivencia (horarios, aseo, orden de las habitaciones, prohibiciones) y la férrea idea de subordinación a los superiores muy cercanas a las de cuartel hacen de la escuela no sólo un espacio de instrucción sino claramente de modelación de sujetos ajustado a los objetivos policiales.

Esta experiencia posterior es continuadora del proyecto de Falcón, luego de su muerte causada por el atentado anarquista de noviembre de 1909, pero con el nada tenue agregado del impacto de ese atentado. La espectacularidad del hecho de matar al jefe de policía contribuyó desde un lugar insospechado a la consolidación de cambios impulsados en la reforma. Lejos de debilitar o mostrar vulnerable a la policía, el asesinato de Falcón fortaleció a la institución, sumó elementos de cohesión y cimentó el mito de su figura para la construcción de la identidad policial. Muy lejos seguramente de los objetivos del joven anarquista ruso que buscó vindicar a sus víctimas obreras del 1º de mayo, la muerte de Falcón, la martirización del jefe de policía (y de su joven secretario) montará para el imaginario policial nuevos componentes para el devenir de la construcción institucional.

En un folleto publicado en Buenos Aires en 1935, contexto de mayor selectividad del perfil de candidatos, que analizaba la organización y evolución histórica de las escuelas de policía, se consideraron en perspectiva las diferentes iniciativas de formación, cuestionando claramente el éxito de la iniciativa de Falcón. Será para este

⁸⁸ El reglamento fue elaborado por Miguel Denovi, director de la Escuela. Allí están dispuestos los horarios, las nociones de higiene y de conducta que se debían cumplir dentro de la escuela y el comportamiento fuera de ella en los días de franco, las prohibiciones con las que se afectaba a los cadetes como los detalles de las clases y promoción de las materias (*Reglamento Interno de la Escuela de Cadetes*, Imprenta y Encuadernación de la Policía, Buenos Aires, 1911).

⁸⁹ En Hernán Silva (comp.), *La obra institucional...*, *op.cit.*, p. 86.

autor recién en 1910, momento en que adquiriera realmente carácter de “escuela” con la introducción en su programa de estudio materias de conocimiento generales a desarrollarse en un plan de dos años y con condiciones de ingreso más exigentes, al nivel del primer año del colegio nacional. La crítica reside en que la insistencia en la instrucción militar sobre una población con escasa formación previa no habría logrado los objetivos propuestos para esa escuela y en señalar la distancia con el presente instructivo de esa publicación.

La formación del personal policial se presentó como una preocupación desde los inicios de la Policía de la Capital, que más allá de los alcances de cada iniciativa o voluntad de mejoras (cursos en comisarías, distribución de folletos, escuelas o clases de alfabetización) fueron el intento por subsanar los obstáculos que presentaba un plantel con deficientes condiciones culturales visibles en un defectuoso servicio en la calle. Las medidas impulsadas a principios de siglo pretendieron un alcance mayor que la sola formación – en conjunto con otras innovaciones – y sentaron las bases para la profesionalización de la fuerza y la construcción de lazos de pertenencia e identidad. Esas experiencias son la prueba del inicio de un largo proceso en la organización policial en el que comienza a pensarse la formación e instrucción de los policías como las instancias formativas para la adquisición de ciertos saberes específicos pero fundamentalmente para la modelación del *ser policial*. Como mencionamos más arriba, los pasos dados en el plano del reclutamiento de un nuevo perfil de policías y la instrucción en una escuela policial son liminares para la construcción institucional e instancia clave para la transformación y conversión de un grupo de jóvenes aspirantes, en policías.